

pio representante y que, por lo demás, le importaba poco tener por enemigos á los franceses y que en caso necesario sabría defenderse. Saint-Etienne había obrado por sí y ante sí; pero Luis XIII y Richelieu comenzaban á alarmarse de los triunfos de Suecia, tanto que al enterarse de la nueva victoria del Lech, el rey de Francia dijo, según parece, al embajador de Venecia, «que era hora de poner término á los progresos del Godo.» De todos modos, había dejado de pagarle subsidios.

Waldstein, á quien nuevamente recurrió el emperador después de la batalla de Breitenfeld y que había reclutado un ejército de 60.000 hombres, tomado Praga y obligado á los sajones á evacuar la Bohemia, fué á socorrer á Maximiliano, pero no pudo hacer rendir por la fuerza ni por el hambre á Gustavo Adolfo, que con 20.000 hombres estaba atrincherado junto á los muros de Nuremberg (julio á septiembre de 1632). Volvióse entonces contra Sajonia, seguido por el rey de Suecia, que le atacó y venció en Lutzen, aunque pagando la victoria con su vida (16 de noviembre de 1632). Gustavo Adolfo desaparecía en el momento en que se disponía á atacar enérgicamente á la casa de Austria, á la que hasta entonces sólo había asestado algunos golpes indirectos.

VI.—Alianzas de Francia en Alemania

«Si el rey de Suecia hubiese tardado seis meses más en morir, escribía en 15 de diciembre Richelieu á Luis XIII, los negocios de Vuestra Majestad habrían quedado con su muerte más consolidados.» Sin embargo, no pensaba que la mala voluntad de los enemigos fuese muy de temer mientras los holandeses no trataran con los españoles, cosa que él no creía probable. «Lo primero que debe procurar el rey, añadía, es tratar de conseguir por dinero, cueste lo que cueste, que continúe la guerra en Alemania y en Holanda,» sin verse obligado «á intervenir en ella abiertamente.» Era preciso que si se firmaba la paz entre los holandeses y los españoles, entre los imperiales y los protestantes de Alemania, el rey quedara incluído en ella á fin de no quedarse sólo expuesto á la venganza del emperador y de España; y antes de consentir que se concertase una tregua ó una paz de la que el rey quedara excluído, ¿no le sería más ventajoso «romper con la casa de Austria, conjuntamente con los protestantes de Alemania y los holandeses?»

Para retener á los protestantes en la alianza de Francia, fué enviado á Alemania Manasés du Pas, marqués de Feuquieres, gobernador de Verdún y primo del P. José, con encargo de exhortar vivamente al Elector de Sajonia á que tomara la dirección de la guerra, se pusiera de acuerdo con Oxenstiern y no firmara paz ni tratado sin consentimiento de Francia. A Oxenstiern debía decirle que el rey no omitiría nada para defender á los suecos y á los protestantes confederados contra la casa de Austria y que para el bien común «no se negaría á encargarse de la custodia de algunas plazas con obligación de restituirlas cuando se firmase la paz.» Las plazas que más convenían á Francia «eran Benfeld, Haguenau, Schlestadt y Brisac, si era tomada, y otros principales lugares de la Alsacia aquende el Rhin, Trarbach en el Mosela y Kreutznach.»

Al mismo tiempo, Luis XIII encargaba á Saint-Etienne que excitara al duque de Baviera «á entrar en una buena inteligencia con los Electores de Sajonia y Brandeburgo.»

Feuquieres, por de pronto, no llegó hasta Sajonia, pues por el camino salió al encuentro Oxenstiern y, á pesar de las instrucciones recibidas, dejóse convencer de que el canciller, que era hombre más valiente y de mejor conducta, debía ser preferido al Sajón «borracho, brutal, odiado y despreciado por sus súbditos y por los extranjeros.»

Los cuatro círculos del Oeste (Alto Rhin, Bajo Rhin, Suabia y Franconia), á quienes Oxenstiern había congregado en Heilbrónn, fueron del mismo parecer, y en 13 de abril de 1633 firmaron con Suecia un tratado de alianza para la defensa de la libertad germánica, el restablecimiento de los príncipes despojados y la conservación de la paz religiosa, confiando la dirección de los asuntos á Oxenstiern, asesorado por un consejo nombrado por los círculos. Los suecos, cuando se hiciera la paz general, recibirían una «satisfacción» conveniente y, en el entretanto, conservarían sus conquistas.

Oxenstiern convocó entonces en Francfort una asamblea general de los príncipes protestantes (agosto de 1633) á la cual el Elector de Sajonia no envió ningún representante, pero acudieron miembros de los círculos de la Alta y Baja Sajonia que aprobaron las resoluciones adoptadas en Heilbrónn. Ni en Heilbrónn ni en Francfort se atrevió Feuquieres á hablar de la cesión de las plazas de la orilla izquierda del Rhin.

En 5 de septiembre de 1633 firmóse en Francfort una alianza entre Luis XIII, la joven reina Cristina de Suecia y los círculos. En descargo de su conciencia, á lo que parece, y después de haber hecho constar que el duque de Baviera y la Liga católica habían rechazado hasta entonces la facultad que se les dejaba de ser neutrales, el rey se reservaba el derecho de concertar con el duque de Baviera y la Liga católica algún tratado de neutralidad, alianza ú otra cosa, quedando, empero, la reina de Suecia y sus aliados libres «de hacer en este asunto lo que bien les parezca según el uso y la razón de los tiempos.» Feuquieres prosiguió su viaje, pero no pudo decidir á los Electores de Sajonia y de Brandeburgo á que se adhirieran á la Unión de Heilbrónn (mayo y junio de 1633).

Durante la estancia de Feuquieres en Dresde, un emigrado tcheque, el conde Kinski, conde de Terzka, que era uno de los confidentes de Waldstein, «le habló, como cosa suya, del acuerdo de Fridland (Waldstein, duque de Friedland) con los príncipes y Estados de la Unión, si querían ayudarle á proclamarse rey de Bohemia.»

Waldstein, después de la batalla de Lutzen, se había retirado á Bohemia para reorganizar allí su ejército y aprovecharse del desacuerdo de los suecos y los sajones, y en 1633 había recobrado la Silesia y la Lusacia y amenazaba las orillas del Báltico; pero estaba cansado de la guerra, al ver la oposición que le hacían en Viena el conde de Schlick, presidente del Consejo de guerra y enemigo suyo, y el embajador de España, Oñate, que quería hacer penetrar en Alemania un ejército español y substraerlo á sus órdenes. Esperando de un momento á otro una nueva destitución, procuraba

entrar en tratos con Suecia, Sajonia y Brandeburgo, y con tal que le aseguraran el Electorado palatino, consentía en dar una satisfacción territorial á Suecia y en hacer revocar el Edicto de restitución. También exploró el ánimo de Francia, y Richelieu, que no gusta de confesar los proyectos fracasados, quería hacer creer que se limitó á escuchar las proposiciones del *condottiere*: «El citado señor de Feuquieres no desaprobó esta proposición, pero tampoco se comprometió respecto de ella.» En realidad Richelieu ofreció á Waldstein, si atacaba al emperador, darle un subsidio anual de un millón y reconocerlo como rey de Bohemia; y quizás firmó con él un tratado en enero de 1634 (1).

Mientras se seguían estas negociaciones, un ejército alemán y sueco, mandado por Bernardo de Sajonia Weimar y por el mariscal sueco Horn, devastaba la Baviera. Bernardo de Sajonia Weimar se apoderó de Ratisbona (14 de noviembre de 1633), y á pesar de los llamamientos de Maximiliano de Baviera y de las órdenes de la corte de Viena, Waldstein, que llegó demasiado tarde para salvar aquella ciudad, no persiguió al enemigo. Entonces, comprendiendo que se desconfiaría de él, apresuró sus negociaciones con Sajonia y con Suecia, y el emperador le declaró públicamente reo de alta traición y le privó de su mando (18 de febrero de 1634). Waldstein fué asesinado en Egra, en donde se había refugiado (25 de febrero de 1634).

No es fácil decir si Waldstein meditaba engrandecerse á costa de la casa de Austria ó se proponía simplemente imponer á ésta la paz; es este uno de los problemas que la historia no ha resuelto (2). Richelieu habla de aquella muerte como de un ejemplo prodigioso «de la ingratitud de un servidor ó de la crueldad de un amo;» pero no emite un juicio definitivo. Luego añade (y se ve que se rectifica): «...Si á un amo le cuesta encontrar un servidor á quien deba confiarse enteramente, á un buen servidor le ha de costar tanto más fiarse totalmente de su amo, cuanto que tiene á su lado mil envidiosos de su gloria y otros tantos enemigos que en servirle se ha creado... y cuanto que el espíritu de un príncipe es celoso, desconfiado y crédulo.»

Richelieu se indemnizó á expensas de Carlos IV de Lorena, príncipe siempre turbulento al cual había impuesto los tratados de Charmes (6 y 20 de septiembre de 1635), que le autorizaban para instalar una guarnición francesa en Nancy hasta la pacificación de los disturbios de Alemania. El duque se comprometía, además, á entregar dentro de tres meses su hermana Margarita que, durante las negociaciones, se escapó de Nancy (4 de septiembre) y se reunió en Bruselas con su esposo Gastón de Orleans (1633). El rey se aprovechó de esta circunstancia para hacerse ceder la pequeña población de Sierck, situada en el Mosela, entre Tréveris y Thionville.

Ya hemos visto que al mismo tiempo perseguía al duque judicialmente como reo del delito de raptó en la persona de Gastón (2 de enero de 1634). Carlos IV, antes que entregar los documentos «necesarios para la prueba de la acción que Su Majestad ha hecho intentar en su Parlamento,» prefirió huir y abdicar

(1) Fagniez, *Le P. Joseph*, II, pág. 165, nota 2.

(2) Para la bibliografía véase Ernesto Denis, *La Bohême depuis la Montagne Blanche*, 1903, pág. 137 y la nota.

en favor de su hermano, el cardenal Nicolás Francisco, obispo de Toul (9 de enero de 1634).

No fué más afortunado Richelieu con el nuevo duque para la obtención de datos sobre el casamiento de Gastón, en vista de lo cual resolvió hacer venir á París á la esposa de Carlos IV, Nicolasa, y á Claudia, hermana de ésta, á fin de ponerlas en pugna con Carlos IV y su hermano, pues si lograba sentar que la Lorena no era un feudo masculino, aquellas dos hijas del difunto Enrique II eran herederas legítimas. Carlos IV, para evitar discusiones, se había casado con Nicolasa, y el cardenal Nicolás Francisco, perseguido en Luneville por el mariscal de La Force, se decidió también á casarse con su prima Claudia, concediéndose, como obispo de Toul, las dispensas de las amonestaciones, abandonando su obispado y casándose inmediatamente (17 de febrero de 1634). La Force, que llegó demasiado tarde para impedir la boda, hizo que los recién casados fueran conducidos á Nancy; pero el duque y su mujer consiguieron también escaparse (1.º de abril de 1634). La Force ocupó dos plazas de la Lorena, Bitche (18 de mayo) y La Mothe (28 de julio), que se defendió largo tiempo.

Los franceses, sin declarar la guerra, iban adelantando hasta el Rhin; tomaron bajo su protección la ciudad de Montbeliard, que pertenecía al duque de Wurtemberg, la abadía de Lurc (en el Franco-Condado) y el obispado de Basilea, y á poco más ocupan Kaiserwerth (en el Rhin), Pymont y Dortmund (en Westfalia), que el elector de Colonia había prometido entregarles, si las corporaciones de Colonia amotinadas no le hubiesen obligado á retirar su promesa (diciembre de 1633).

De las tres plazas que les había entregado en custodia el Elector de Tréveris, Coblenza, Ehrenbreitstein y Philippsburgo, sólo les faltaba apoderarse de la última cuyo gobernador se había negado á recibirles. Ahora se le reclamaban á los suecos, que la habían tomado después de un sitio de varios meses (13 de enero de 1634), y en defecto de ella aceptaban como cambio, Benfeld, Colmar y Schlestadt en Alsacia. Feuquieres comunicó estas peticiones á los príncipes de la Unión de Heilbrónn á quienes Oxenstiern había reunido en Francfort (11 de marzo de 1634). Hubo oposición, pero el landgrave de Hesse-Cassel, Guillermo V, el margrave de Baden-Dourlac, el duque de Dos Puentes y otros decidieron á la asamblea á otorgar á Francia el derecho de instalar en Philippsburgo, hasta la paz general, una guarnición compuesta de seis compañías francesas y cuatro alemanas (26 de agosto de 1634). Oxenstiern, menos afortunado, no logró que se concediera á Suecia la expectativa de la Pomerania.

VII.—Declaración de guerra á España

El que fué ejército de Waldstein y que ahora estaba á las órdenes del rey de Hungría, hijo del emperador, había ido, en el entretanto, á Baviera á socorrer á Maximiliano, y había ocupado Ratisbona y Donauwerth (16 de agosto). Tenía puesto sitio á Nordlingen, defendida por una guarnición sueca, cuando se le juntó un ejército español que el cardenal infante don Fernando, hermano de Felipe IV, conducía desde el Milanesado á su gobierno de los Países Bajos. Las fuerzas hispano-

imperiales, con los refuerzos traídos por Carlos IV de Lorena, ascendían a 50.000 hombres; el mariscal Horn y Bernardo de Sajonia-Weimar, que quisieron hacer levantar el bloqueo de aquella plaza, sólo disponían de 36.000 y fueron derrotados completamente (5 y 6 de septiembre de 1630). Bernardo fué herido; Horn hecho prisionero con tres generales, cuarenta oficiales generales y 30.000 hombres; Nordlingen capituló y el duque de Wurtemberg huyó a Alsacia. El rey de Hungría entró en Stuttgart (21 de septiembre), mientras su caballería ligera corría hasta las puertas de Francfort; recuperó Wurzburg, en el valle del Mein, y dejó a los suecos únicamente las plazas de Heidelberg y de Mannheim. Los electores de Maguncia y de Colonia se pusieron bajo su protección.

El desastre había precipitado las resoluciones de la asamblea de Francfort: los miembros de los dos círculos de Sajonia, que se habían hecho representar en ella, formaron una unión que, como la de los otros cuatro círculos, aceptó la dirección de Suecia, y el ejército fué aumentado hasta 80.000 hombres, siendo nombrado al año siguiente general en jefe del mismo Bernardo de Sajonia Weimar (13 de marzo de 1635). La asamblea terminó sus tareas en 13 de septiembre.

Los confederados y Oxenstiern enviaron una diputación a Francia, para inducir al rey a «declararse abiertamente»; pero Richelieu encontraba más ventajoso proseguir la guerra encubierta. El artículo XIV del tratado firmado en París en 1.º de noviembre de 1534 decía que el rey, antes de romper con los enemigos comunes, quería tener la seguridad de que los electores de Sajonia y de Brandeburgo y los demás príncipes y Estados de la Alta y de la Baja Sajonia no tratarían con aquéllos sino de acuerdo con él y sus confederados; lo cual era una escapatoria cómoda porque el Elector de Sajonia había iniciado en 12 de junio en Leimeritz negociaciones que, según noticias, iban por buen camino.

En caso de ruptura, el rey se comprometía a pagar hasta la paz 12.000 hombres de a pie que el Consejo de Dirección de la Unión utilizaría como más conveniente creyera a los intereses de la causa común, y además a mantener al lado de acá del Rin un ejército considerable contra los comunes enemigos.

Bajo la expresada condición de ruptura, los confederados consienten desde ahora... «en que el... país de Alsacia del lado de allá (orilla izquierda) del Rin quede en depósito y bajo la protección de Su Majestad con las plazas y ciudades que de él dependen, y especialmente Benfeld y Seelestadt (Schlestadt).» El rey podrá ocupar también «Brissac (Brisach) y otros lugares circunvecinos en el Rin desde allí hacia Constanza;» y tendrá libre paso por el puente de Kehl, «quedando siempre encomendada la custodia de dicho puente» a los habitantes de la ciudad de Estrasburgo.

Todas las ventajas del tratado eran para Francia, que podía declarar la guerra cuando quisiera y tenía el derecho de ocupar la Alsacia mediante un subsidio condicional de hombres y dinero. Los confederados, espantados aún por la derrota de Nordlingen, ratificaron aquel tratado; pero Oxenstiern negóse, en nombre de la corona de Suecia, a firmarlo, y envió a París a uno de sus agentes, el sabio juriconsulto holandés Grotius, para negociar un nuevo acuerdo.

Richelieu, al pronto, rechazó toda modificación, pero los sucesos de Alemania le obligaron a mostrarse conciliador; pues Arnauld, coronel de los carabineros, se había dejado quitar Philippsburgo, de la que era gobernador (23-24 de enero de 1635); Sierck había capitulado en 3 de marzo, y los españoles habían sorprendido en Tréveris al obispo Elector (28 de marzo) y se lo habían llevado prisionero a Gante.

Más alarmante era todavía la reconciliación del emperador con la mayor parte de sus enemigos. Fernando II se había al fin decidido a revocar el edicto de restitución, y en 30 de mayo de 1635 firmaba con el Elector de Sajonia y el landgrave de Hesse-Darmstadt un tratado por el cual se dejaban o restituían a los protestantes, por un período de cuarenta años, todos los bienes eclesiásticos secularizados hasta 1627, y transcurrido aquel plazo, es decir, en 1675; la cuestión de propiedad sería resuelta amistosamente ó por las vías de derecho. Además se prohibía para lo porvenir toda secularización y se confirmaba nuevamente la reservación eclesiástica.

El Elector obtenía a título hereditario el margraviato de Lusacia; Maximiliano de Baviera conservaba el Alto Palatinado y la dignidad electoral; el duque de Lorena sería puesto nuevamente en posesión de su principado con los límites que tenía en 1630; y los duques de Mecklemburgo y los demás príncipes despojados recobrarían sus Estados, exceptuando los rebeldes de nota, como el margrave de Baden-Dourlach, el joven duque de Wurtemberg y el conde palatino, Juan de Dos-Puentes, tutor de los hijos del Palatino. En cuanto a Bernardo, sería perdonado si se unía con su ejército al emperador.

Aparte de los excluidos, el tratado estaba abierto a todos los príncipes alemanes ó extranjeros, siempre y cuando contribuyeran al sostenimiento del ejército destinado a hacerlo respetar.

Las concesiones del emperador hicieron que de nuevo se pusieran a su lado casi todos los príncipes protestantes: el Elector de Brandeburgo, los duques de Sajonia Weimar, excepto Bernardo, la casa de Anhalt, los duques de Brunswick, los duques de Mecklemburgo, los príncipes del círculo de Baja Sajonia y muchas ciudades, como Francfort, Nuremberg y Estrasburgo, se sometieron a él. Entre los príncipes poderosos de la Baja Alemania, únicamente el landgrave de Hesse Casel persistió en la alianza de Suecia y Francia.

En cuanto quedó asegurada la paz entre el Elector de Sajonia y el emperador, Richelieu comprendió que era necesario de abrazar definitivamente un partido. Si Francia no intervenía, estaba perdida Suecia; si Suecia y Holanda pactaban, Francia se encontraría sola contra España y el emperador. Así es que a Oxenstiern, cuando fué a Compiègne, en abril de 1635, no le costó gran trabajo hacer aceptar un nuevo tratado (28 de abril de 1635): el rey de Francia y la reina de Suecia, «empeñados en guerra contra la casa de Austria,» se comprometían a no firmar jamás paz, ni tregua, ni cesión de plazas sin estar de acuerdo; se establecería en Alemania el libre ejercicio del culto, tal como existía en 1618, y los eclesiásticos disfrutarían allí libremente de sus bienes; y Francia garantizaba a Suecia el arzobispado de Mayuncia y el obispado de Worms. Este tratado era

un triunfo para Oxenstiern, que conservaba Benfeld, obtenía para Suecia un electorado eclesiástico y obligaba a Richelieu a desautorizar la obra de restauración católica realizada en Bohemia por Fernando II (1). El cardenal, que en un principio sólo a medias se había comprometido en las alianzas protestantes, veíase cogido en el engranaje y obligado a entrar en ellas por entero.

Sin embargo Richelieu no consideró todavía oportuno descubrirse por completo, y para dejar el campo libre a las negociaciones y a las intrigas, hizo una distinción entre sus enemigos. El 19 de mayo llegó a Bruselas un heraldo de armas que, en nombre de Luis XIII, declaró solemnemente la guerra al cardenal infante y al rey de España.

CAPÍTULO VI

LOS INSTRUMENTOS DE COMBATE (2)

I. El ejército.—II. La marina

I.—El ejército

Los predecesores de Luis XIII no pensaban en sostener grandes ejércitos ni contaban con medios para ello. En tiempo de paz, bastábanles para su guardia personal algunos regimientos de a pie y unas cuantas compañías de caballería; y en caso de guerra ó de rebelión reclutaban en el reino ó fuera de él soldados de refuerzo que se apresuraban a licenciar en cuanto la paz se firmaba.

Los soldados del ejército permanente, lo mismo que los otros, eran voluntarios, libremente alistados. De derecho, todos los nobles estaban sujetos al servicio por razón de sus feudos; pero de hecho sólo les obligaban a servir el honor, su afición a las armas y su amor a la gloria. El alistamiento en masa de la nobleza, ó, como se decía entonces, la convocación del *ban* y del *arrière ban* era poco frecuente; en cuanto al llamamiento a las armas de todos los súbditos del rey, era un recurso desesperado, previsto más bien que experimentado para el caso de que una invasión pusiera el reino en peligro.

(1) Richelieu había hecho ofrecer secretamente a Fernando el abandono de las alianzas protestantes a cambio de la cesión de la Alsacia (Denis, pág. 176).

(2) FUENTES: Avenel, *Lettres du cardinal de Richelieu*, II-VIII. *Mémoires du cardinal de Richelieu*, Mich. y Pouj., 2.ª serie, VII-IX. *Maximes d'Etat ou Testament politique d'Armand Du Plessis, cardinal duc de Richelieu*, 1.ª y 2.ª parte, 1764. *Mercure françois*, passim y sobre todo XIII y XVIII. Isambert, *Recueil des anciennes lois françaises*, XVI. Robillard de Beaupaire, *Cahier des Etats de Normandie sous Louis XIII et Louis XIV*, III, 1878. *Mémoires de Mathieu Molt*, «S. H. F.», II, 1855. *Correspondance de Henri d'Escoubleau de Sourdis, archevêque de Bordeaux*, pub. por Eugenio Sue, I y III, «Coll. Doc. inédits», 1839. El P. Fournier, *Hydrographie contenant la théorie et la pratique de toutes les parties de la navigation*, 1643. *Mémoires de Messire Robert Arnauld d'Andilly*, Mich. y Pouj., 2.ª serie, IX.

OBRAS DE CONSULTA: Caillet, *L'administration en France sous le ministère du cardinal de Richelieu*, 1863, II. D'Avenel, *Richelieu et la monarchie absolue*, 1895, III. N.-L. Caron, *Michel Le Tellier, son administration comme intendant d'armée en Piémont*, 1640-1643, 1880. Gabriel Hanotaux, *Origines de l'institution des intendants des provinces d'après les documents inédits*, 1884. De Aumale, *Histoire des princes de Condé*, III, 1866. Julio Roy, *Turenne, sa vie et les institutions militaires de son temps*, 1884. J. Bourelly, *Le maréchal de Fabert*, 3.ª ed., 1885, I.

El ejército de Enrique IV, en pie de paz, se componía de unos diez mil hombres solamente, jinetes é infantes. El regimiento de los guardias franceses, que ocupaba el primer lugar de los regimientos de infantería de Francia, contaba 1.600 plazas; los cuatro regimientos de infantería antiguos, Picardía, Piamonte, Champaña y Navarra, se componían de 20 compañías de 35 hombres cada una. Las compañías de gendarmes de Ordenanza y de caballería ligera (3) mandadas por el rey, por los príncipes de la sangre y por los más ilustres señores, no estaban completas más que nominalmente, pues la mayoría de los soldados y oficiales de las mismas sólo ingresaban en filas en virtud de convocatoria expresa. Además de los guardias franceses, tenía el rey una numerosa casa militar, compuesta de los Cien hidalgos armados del *bec-a-corbin*, que eran en número de 200; de la Compañía escocesa y de las tres Compañías francesas de guardias de corps (de caballería); de los Cien suizos; de una compañía de caballería ligera; de la Compañía de los gendarmes del delfín, y de una compañía de carabineros que, en 1622, trocó la carabina por el mosquete y formó la primera compañía de los mosqueteros.

Este ejército comenzó a aumentar durante la menor edad de Luis XIII y el gobierno de Luynes, pues se conservaron algunos de los regimientos reclutados para combatir a los rebeldes ó a los hugonotes, tales como los de Normandía, Chappe, Rambures, Bourg d'Espinasse, Sault, Vaubecourt y Beaumont, que pasaron a ser, según la denominación de entonces, «regimientos mantenidos.» En el regimiento de los guardias suizos, creado en 1616, y en los regimientos antiguos, se aumentó el número de plazas hasta 2.000; además, se formó una nueva compañía de caballería ligera.

Mas esto no bastaba para oponerse a la casa de Austria; así es que en los primeros años del ministerio de Richelieu, el ejército se elevó a 60.000 hombres. En 1635, cuando la declaración de guerra a España, se componía, según parece, de 135.000 infantes y 20.880 jinetes; y en 1639, según un estado exacto de los efectivos y del sueldo, constaba de 125.800 infantes y 22.380 jinetes.

Se reforzaron los regimientos existentes y se reclutaron otros en número de unos cien, algunos de los cuales lo fueron en Suiza y en Alemania, que eran los grandes mercados de hombres. «... Véome precisado a hacer observar, escribe Richelieu, que es casi imposible emprender con éxito grandes guerras con franceses. Los extranjeros son absolutamente necesarios para mantener el cuerpo de los Ejércitos, y si la caballería francesa es buena para combatir, no puede prescindirse de la extranjera para hacer las guardias y soportar todas las fatigas de un ejército, porque nuestra nación, fogosa y ardiente en los combates, no es vigilante para guardarse ni propia para formar planes ó empresas que no pueden ejecutarse sin trabajos.» De aquí que «los ejércitos franceses estuvieran siempre compuestos de la mitad de extranjeros,» y añadía, Richelieu, «hemos experimentado cuán peligroso es obrar de otro modo.»

Pero Alemania apenas daba abasto a su propio con-

(3) Villegobain dice que en el licenciamiento de 1598, Enrique IV sólo conservó tres compañías de caballería ligera y dos compañías de gendarmes.